

Las tres pandemias

Por febrero, las noticias parecían lejanas. Un nuevo virus apareció, no era bursátil, ni tecnológico, ni ambiental, tampoco político. O eso creíamos. Una cepa de coronavirus mutó y encontró la incubadora perfecta en el ser humano. Se apersonó. Se formó su propio carácter y pronto se volvió trending topic. Desplazó a otras grandes amenazas convirtiéndose en el enemigo número uno del mundo. Pocas son las características que se saben de este virus, pero de lo que sí tenemos certeza es que ha trastocado hasta las entrañas la vida que hasta ahora nos parecía normal.

Desde China se trasladó a las Europas –o esa es la teoría– y veíamos estupefactos cómo el Primer Mundo colapsaba. Inimaginable. Indescriptible. Demoledor.

En México, la primera fase fue casi como un suspiro, escuchábamos que los casos eran aislados, importados. Que la cuarentena estricta era para las personas contrayentes de la enfermedad. Sin embargo, el covid-19 se propaga rápido y nos lleva una ventaja de 14 días en lo que se manifiesta públicamente, si es que lo hace. Es sigiloso, silencioso, hábil.

Seguíamos en marzo cuando se decretó fase dos y con ello el llamado al confinamiento voluntario, generalizado, masivo. Se cancelaron actividades en escuelas, centros de trabajo, espacios públicos. Se pospusieron, se postergaron, casi como la vida misma. En medio de la desconfianza, el miedo, la zozobra e incertidumbre sobre la existencia del coronavirus y su letalidad, todas y todos debíamos quedarnos en casa. Pero la realidad mexicana es muy diferente a otras experiencias mundiales: quienes pueden, se guardan. Quienes tienen los medios y las condiciones, se guardan. Es decir, muy pocos.

El barrio no se guarda. No puede guardarse. En mi unidad el señor de los cocoles sigue pasando puntualmente a las 6pm, grita y vuelve a gritar. Ya casi nadie le abre la puerta. Carmen sigue sacando su puesto al que llegamos algunos vecinxs para abastecernos de queso, huevo, jamón, lácteos en general. Y ahí se rumorea:

-Eso nomás le da a los ricos, no se junte con ellos y no le pasa nada. Ellos que pueden viajar y luego nos traen sus bichos o vaya a saber qué enfermedad.

Otro dice: ¡Qué va, si esto es cosa de Obrador, de su gobierno! No hace nada bien y quiere teparle el ojo al macho.

Quienes pueden se guardan. Pero Carmen que es la mera jefa del hogar, sabe que sin sus ingresos la familia simplemente no se alimenta. Sale religiosamente de lunes a sábado de 11 a 5 pm. Con lluvia, calor extremo, dolor de espalda, con enfermedad, con o sin pandemia. Además, como la mayoría de las mujeres en este país (76.4% según INEGI) que tienen doble jornada laboral y destinan 39 horas semanales de trabajo no remunerado, llega a casa y tiene que lavar, hacer de comer, revisar tareas de los hijos, porque como la SEP adelantó el periodo vacacional, los morros están en casa. Algunos claro, sobre todo los que tienen quién les eche un ojo mientras los padres trabajan. Los que no, andan a la buena de dios, jugando entre los andadores. A veces escucho sus risitas por mi ventana. Carmen está un poco incrédula, yo creo que lo prefiere así para

no salir con miedo a trabajar, miedo a enfermar o contagiar a los suyos, porque ahí sí, sería catastrófico. ¿Cómo que quédate en tu casa?

Luego esta Lupita, que a sus 68 años acaba de vencer el cáncer de mama. Los que vamos a comprar a su tienda conocemos el drama de sobra. Tiene 3 hijos, uno anda en el gabacho, otro no se sabe bien dónde anda pero le dejó al nieto y el tercero se enganchó con las drogas. Va y viene de cana y al igual que el nieto cuando no le roba productos, le quita el dinero de lo que vende. Ya lo hemos denunciado varias veces, incluso por violencia pero ella les otorga el perdón. Familia es familia, dice. Como la guerrera que es, se siente inmune al corona, "ya que más me puede pasar", dice. A ella ya nada la vence. Me queda claro. Excepto el hambre y el miedo de no juntar los pesos necesarios para pagarle al proveedor de Coca cola.

A Don Gil, yo le cálculo unos 70. Es albañil, plomero, electricista y hasta jardinero si hace falta. Todos los días va y viene en bici desde Chalco. Es famoso en la CTM de toda la vida. Confiable, chambeador y solidario. Va al día, como los 43 millones de pobres en este país que no tienen ingresos fijos ni seguridad social. No entiende muy bien por qué hay que quedarse en casa. Los gastos no paran, no se guardan, no se congelan. Anda con cubrebocas eso sí, por recomendación de su esposa. Tocando puertas, como nunca antes había pasado, buscando trabajitos. Sabe que ya no lo contratan ni a destajo por su edad y como casi todo mundo anda temeroso del virus, mejor postergan los arreglos no necesarios. Don Gil forma parte del 56.7% de la población mexicana que trabaja en la informalidad, pero sostiene con su trabajo a la mermada y fracturada economía nacional.

Nunca se sabe si el covid-19 es una herramienta conspiracionista de las potencias mundiales que se disputan el poder político o recursos económicos, si es cosa del gobierno, una cortina de humo para distraernos de lo realmente importante o si sólo le da a los ricos, como dicen aquí, porque al parecer a nadie del barrio le ha dado. Y si le da pues ni modo, habrá que apechugar. Por lo pronto siguen saliendo la seño de los elotes, las quesadillas, los postres. Claro que no venden como hace 2 o 3 semanas pero no tienen tiempo de asociarlo a la pandemia. No hay cabeza para nada más que no sea tener certeza de que mañana podrán alimentar a los hijos, ver sanos a los padres y abuelos y aguantar vara, para que no llegue ese momento de romper el cochinito (si lo hay) para ir al simi u otro doctor porque alguien en casa se enfermó. La Susana Distancia aquí parece ajena, al igual que el hashtag Quédate en casa, el mensaje es lejano y poco efectivo. Aquí en el barrio vivimos de primera mano la desigualdad, esa brecha histórica e histriónica donde las condiciones son diametralmente distintas incluso entre departamentos. Y puede que aquí no se conozca mucho sobre conceptos teóricos, pero sí existe la claridad de que quedarse en casa es para los ricos, para los medianamente ricos o los menos pobres.

No terminábamos de reflexionar e intentar adaptarnos a esta nueva realidad tan abrupta y abrumadora cuando el camino a la fase tres de la contingencia sanitaria, se completó. Ya el distanciamiento social se nota. El mensaje llegó, el miedo y la angustia se recrudecieron, ahora sí, parece que va en serio. La cuarentena se prolongó y la

incertidumbre también. Lo veo en el rostro de Carmen, Lupita y Don Gil, se resisten, subsisten, aguantan hasta donde más se pueda. Lo siento en el ambiente denso y silencioso de las madrugadas que antes se opacaban por los sonideros de la cuadra. Para ellos sus actividades son esenciales, pero no para el Consejo de Salubridad General que además lo sabe y tiene que establecer criterios para lograr aplanar la curva de contagios. Ponderar. Intentar salvar la economía. Intentar salvar la mayor cantidad de vidas ¿Habría un punto de equilibrio? Los temores se profundizan. Mientras, las noticias son confusas, impera la desinformación, los vecinxs comparten cadenas en whatsapp que siempre resultan ser falsas. En medio de tanto golpeteo mediático y político es difícil mantener la mente clara y aún más difícil transmitirlo. Pero hay que hacerlo, hay que refutar las *fake news* y la desinformación de boca en boca o más bien de chat a chat si es preciso. Porque eso siembra y cultiva el pánico que es sumamente peligroso justo cuando todas las personas nos sentimos vulnerables ante lo que no podemos ver, solucionar o combatir frontal, individual y rápidamente como este sistema capitalista nos tiene acostumbrados.

Estamos preparados para la acción inmediata que nos arroja resultados medibles, a considerar necesaria una cadena de consumo que actualmente es altamente cuestionable. Consideramos privilegios o concesiones aquellos que deben ser derechos. Todo esto cambió. Está cambiando. Tiene que cambiar. Ahora tenemos que optar sí o sí por detenernos, dejar de pensar que saldremos adelante de esta pandemia solxs, aisladxs y asumir esta crisis como es, un proceso largo, lento, clarooscuro y tenebroso pero con la posibilidad de permitirnos repensar cómo habitamos este sistema-mundo. Pensar e idear otra realidad posible donde dejemos de ser rehenes de nuestra propia muerte programada. Es cierto, el virus se ha llevado a miles y no sabemos a cuantos más. En contraste, el sistema económico neoliberal nos ha asesinado lenta y cruelmente durante años, pero nada nos había detenido como hoy, nada nos había hecho reconocernos como humanamente iguales como lo hace el covid, hay hasta quien cree que es “democrático” porque lo mismo se lleva a ricos y pobres. Yo sostengo que no es así. El reconocimiento de la diferencia, de las diferencias estructurales, es fundamental si queremos y aspiramos no sólo a sobrevivir a esta pandemia sino a hacerlo en mejores condiciones de vida o tener la claridad para luchar por ello. Para todxs, todo.

El covid-19 ha hecho lo cotidiano, visible. Las desigualdades, tangibles. De la violencia y el racismo una posible arma. De la pobreza, un apocalipsis. Del estancamiento y la parálisis, un movimiento alterno.

Desigualdad, violencia y pobreza son nuestras tres pandemias que, por el contexto, tienden a potencializarse aún más con la peste del SARS-CoV-2. Sin embargo, para la cura de esta enfermedad podemos hacer uso –aparte de la respuesta inmunológica– de tres poderosas herramientas: colectividad, solidaridad y cooperación. Ahora que en el barrio las problemáticas nos aquejan a todxs, colectivizar cuidados, alimentos, información útil ha servido para sobrellevar la cuarentena. Cualquier acto solidario por mínimo que parezca, ahora nos fortalece. Compartir un plato de sopa con el vecino, hacerle las compras a la persona adulta mayor que está sola y no puede salir por el riesgo. Hacerle saber a tu amiga, o a la chica que vive dos pisos arriba de ti, que no está

sola, que reconoces la situación de violencia que atraviesa y te las ingenias para echarle una mano. Sí, este mensaje también viene desde el Estado, pero él no lo materializa, no lo vuelve vivencial, ni tampoco político. Entre más conscientes seamos de la profunda inequidad, desigualdad, del dolor, de las injusticias que existen, mejores armas tendremos para afrontar lo que queda y lo que viene. Resistámonos a seguir tratando a las personas fallecidas a causa del covid-19 como una simple estadística, no naturalicemos (como lo hemos hecho con la violencia) la muerte. Hagamos vida, abracemos la otredad, no como amenaza sino como realidad, politicemos las diferencias para que pronto podamos convivir desde la empatía, humanicemos nuestras acciones individuales y colectivas. Que se imponga no una necesidad de estado de excepción, vigilancia descontrolada y medidas punitivas, sino la urgencia de crear comunidad (virtual, por el momento), acciones de concientización, del sentido de cuidado pero desde nosotrxs para nosotrxs. Fomentemos la esperanza pero también y al mismo tiempo el pensamiento crítico.